BUENAS NUEVAS EN EL JUICIO

Tom Cusack-LB, 2003

> Vi otro ángel volar por en medio del cielo, que tenía el **EVANGELIO ETERNO** para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación y tribu y lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios, y dadle honra; porque la hora de **SU JUICIO** es venida; y adorad a aquel que ha hecho el cielo y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas (**Apocalipsis 14:6-7**).

Ahora está teniendo lugar el juicio en el santuario celestial.

Laodicea significa "pueblo del juicio", o "juicio del pueblo".

El juicio es una realidad que la Biblia nos muestra en términos inconfundibles:

> Tú ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque **todos** hemos de estar ante el tribunal de Cristo (**Romanos 14:10**).
>
> Es menester que **todos nosotros** parezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo (**2 Corintios 5:10**).

En el texto introductorio hemos leído que lo predicado en el triple mensaje angélico es el *evangelio* —el evangelio eterno—, y que incluye el anuncio de que ha llegado *la hora de su juicio*.

"Evangelio" significa buenas nuevas, y "juicio" no suele evocarnos ninguna buena nueva. No obstante, *Pablo no disoció el juicio del evangelio*:

> En el día que **juzgará** el Señor lo encubierto de los hombres, conforme a mi **evangelio**, por Jesucristo (**Romanos 2:16**).
>
> Algunos días después, viniendo Félix con Drusila, su mujer, la cual era judía, llamó a Pablo, y oyó de él la fe que es en Jesucristo. Y disertando él de la justicia, y de la continencia, y del **juicio** venidero, espantado Félix, respondió: Ahora vete; mas en teniendo oportunidad te llamaré (**Hechos 24:24-25**).

No sabemos si Félix tuvo finalmente otra oportunidad o si cerró definitivamente para sí las puertas de la gracia, pero su respuesta ilustra las dificultades que tiene la mente natural para comprender *dónde están las buenas nuevas en el juicio*.

Lucas 24 nos presenta al grupo de los que habían sido discípulos de Jesús sumido en el desánimo tras la crucifixión de su Maestro. Un misterioso "Peregrino... en Jerusalén" (v. **18**) les desveló la clave para entender las Escrituras, que por ahora les resultaban enigmáticas:

> "¿No **era necesario que el Cristo padeciera** estas cosas, y que entrara en su gloria?" Y comenzando desde Moisés y de todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían, y decían el uno al otro: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?" (**Lucas 24:26-27 y 32**).

¿Podéis ver cuál era la clave mediante la cual Cristo abrió sus mentes?

> Él les dijo: "Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos". Entonces les abrió el sentido, para que entendiesen las Escrituras; y les dijo: "Así está escrito, y así **fue necesario que el Cristo padeciese**, y resucitase de los muertos al tercer día" (**Lucas 24:44-46**).

El sacrificio eterno de Cristo en la cruz es lo que da significado y explica toda verdad contenida en las Escrituras. ¿Podría ser el juicio una excepción? La cruz de Cristo es la que nos ha de abrir el entendimiento para que veamos las buenas nuevas en el juicio. Al considerarlas a la luz de la Cruz, cobran "sentido" las Escrituras del Antiguo Testamento, y nos permiten comprender las del Nuevo.

En su comentario sobre **Judas 15** (relativo al juicio), Ellen White escribió (7 *CBA*, 964):

> Dios coloca cada acción en la balanza. ¡Qué escena será esa! Qué impresiones se harán acerca del santo carácter de Dios y la terrible enormidad del pecado, cuando el **juicio basado en la ley** se lleve a cabo en la presencia de todos los mundos. Entonces surgirán ante la mente del pecador no arrepentido todos los pecados que cometió, y verá y entenderá la totalidad de pecados y su propia culpa. Dios tendrá en cuenta a todos los que han transgredido su ley y quebrantado su pacto con él cuando sean coronados los leales vencedores. Y no estará ausente ninguno de los justos. **Verán en el Juez, en Cristo Jesús, a *Aquel a quien ha crucificado cada pecador***.

La Biblia contiene una historia que ilustra nuestra realidad, y que nos reconforta con buenas nuevas. ¿Recordáis el relato con el que acaba el libro de Génesis? ¿Recordáis cómo los hermanos de José habían intentado matarlo y lo habían vendido, condenándolo a una vida de destierro y miserable esclavitud? Años después, cuando faltó el alimento, quedaron providencialmente a merced de su hermano José, a quien habían maltratado al extremo. Pero se daba una situación nueva y significativa: *José era ahora el juez de sus hermanos*.

En **Génesis 41:40** leemos cómo el Faraón exaltó a José, y le dijo:

> Tú estarás sobre mi casa y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú.

¿No fue acaso Jesús exaltado a la diestra de Dios? ¿No fue puesto todo el reino bajo la autoridad de Jesús?

Por decirlo así, *Jesús fue el "José" al que sus hermanos intentaron asesinar*. La diferencia es que en nuestro caso, nosotros, sus "hermanos", logramos consumar el crimen. Pero ahora, Aquel a quien nuestros pecados quitaron la vida resulta estar sentado en el trono para juzgarnos.

Los hermanos de José no lo sabían, pero en su venida a Egipto tenían que ir a enfrentarse con el mismo hermano al que habían intentado matar. Ahora José iba a ser el juez de ellos.

Nosotros nos enfrentamos a la misma situación: *Aquel a quien crucificamos es ahora nuestro juez*. ¿Qué puede esperar el pueblo de Dios en el juicio?

Esa pregunta se responde con otra: ¿Cómo trató José a sus hermanos? Así nos va a tratar Jesús.

El sentimiento de autodefensa de nuestra mente natural intenta convencernos de que no tenemos nada que ver con hechos objetivos sucedidos antes de nuestro nacimiento. Pero Jesús es "el Cordero de Dios que fue inmolado desde el principio del mundo" (**Apocalipsis 13:8**), y ciertamente sus sufrimientos no cesaron hace dos mil años:

> "Y los que le traspasaron" [Apoc 1:7]. Esas palabras se aplican, no solamente a los que atravesaron a Cristo cuando colgaba de la cruz del Calvario, sino a quienes, mediante sus malas palabras o acciones **lo atraviesan hoy**. **Cristo sufre diariamente las agonías de la crucifixión**. Los hombres y mujeres están atravesándolo cada día al deshonrarlo rehusando hacer su voluntad (*Signs of the Times*, 28 enero 1903).

Una de las formas en las que crucificamos a Cristo es la que indica **Mateo 25:40**:

> En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis.

Nada tiene, pues, de extraño que Jesús dijese a sus contemporáneos:

> Decís: Si fuéramos en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus compañeros en la sangre de los profetas. Así que, testimonio dais a vosotros mismos, que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también henchid la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo evitaréis el juicio del infierno? Por tanto, he aquí, yo envío a vosotros profetas, sabios, y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros de ellos azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el templo y el altar. De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación (**Mateo 23:30-36**).

Zacarías vivió unos ochocientos años antes de quienes estaban oyendo las palabras de Jesús, y su sangre aún teñía las piedras entre el templo y el altar (**2 Crónicas 24:20-21**). Abel había vivido aun mucho antes, pero su sangre seguía clamando a Dios desde la tierra, *y no sólo contra Caín*.

Recordemos cuál fue el centro del mensaje en las predicaciones previas al derramamiento de la lluvia temprana en Pentecostés:

> Sepa pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús que **vosotros crucificasteis**, Dios ha hecho Señor y Cristo (**Hechos 2:36**).
>
> El Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su Hijo Jesús, al cual **vosotros entregasteis y negasteis** delante de Pilato, juzgando él que había de ser suelto. Mas vosotros, al Santo y al Justo negasteis, y pedisteis que se os diera un homicida; y **matasteis** al Autor de la vida, al cual Dios ha resucitado de los muertos; de lo que nosotros somos testigos (**Hechos 3:13-15**).

¿Recordáis la parábola de la viña y los labradores? Está en **Mateo 21** y en **Isaías 5**. Un hombre, padre de familia, envió a su *hijo* a los labradores de la viña después que estos hubieran herido, muerto y apedreado a los siervos que envió previamente. Esta vez se dijo: 'Tendrán respeto a mi hijo'. Jesús refirió esa parábola a su pueblo. Quienes comprendieron sus palabras —los siervos de la viña—, las rechazaron entonces.

¿Se refiere esa parábola solamente a los contemporáneos de Jesús?

Hebreos nos habla de un diálogo íntimo, de la despedida en el cielo del Padre y su Hijo único, al ser enviado a la tierra. Comparadlo con la historia de José, y con la parábola de la viña y los labradores:

> Por lo cual, entrando en el mundo dice: ... me apropiaste cuerpo ... Entonces dije: **HEME AQUÍ** (**Hebreos 10:5-7**).
>
> Dijo Israel a José: Tus hermanos apacientan las ovejas en Siquem: ven y te enviaré a ellos. Y él respondió: **HEME AQUÍ**. Y él le dijo: Ve ahora, mira cómo están tus hermanos y cómo están las ovejas, tráeme la respuesta (**Génesis 37:13-14**).

Los hermanos de José lo aborrecían:

> Viendo sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le **ABORRECÍAN**, y no le podían hablar pacíficamente.
>
> Y sus hermanos le tenían **ENVIDIA** (**Génesis 37:4 y 11**).

¿Fue aborrecido Jesús? ¿Sufrió la envidia?

> Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me **ABORRECIÓ** antes que a vosotros (**Juan 15:18**).
>
> Porque [Pilato] sabía que por **ENVIDIA** le habían entregado (**Mateo 27:18**).

Los hermanos de José habían dicho:

> Ahora pues, venid y matémoslo, y echémoslo en una cisterna, y diremos: Alguna mala bestia lo devoró: y veremos qué serán sus **SUEÑOS** (**Génesis 37:20**).

Observad que el odio que los hermanos tenían hacia José estaba relacionado con los "sueños" de este. Pero sabemos que eran sueños inspirados por Dios; por lo tanto, se trataba en realidad de *odio hacia el Espíritu de profecía*, y por lo tanto, de odio hacia el Espíritu Santo, hacia Cristo, hacia Dios. Es similar a lo que describe **Amós 5:10**:

> Aborrecieron en la puerta al reprensor, y al que hablaba lo recto abominaron.
>
> Respondieron sus hermanos: "¿Has de **REINAR TÚ SOBRE NOSOTROS**, o has de dominarnos?" (**Génesis 37:8**).

¿Acaso no es eso mismo lo que se oyó en la crucifixión?

> No queremos que este hombre **REINE SOBRE NOSOTROS**" (**Lucas 19:14**).

De forma natural, nuestro corazón no ama a Dios.

> La intención de la carne es enemistad contra Dios (**Romanos 8:7**).

¿A qué llevó ese aborrecimiento?

> Sucedió que, cuando llegó José a sus hermanos, ellos hicieron **DESNUDAR** a José su ropa, la ropa de colores que tenía sobre sí (**Génesis 37:23**).

¿Quién sufrió la desnudez a fin de poder cubrirnos con su justicia?

> Contar puedo todos mis huesos; ellos miran, me consideran. Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes (**Salmo 22:17-18**).

¿Cómo nos relacionamos con esa desnudez de nuestro Salvador? ¿Tenemos algo que ver con ella?

> Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me recogisteis; **DESNUDO**, y me cubristeis (**Mateo 25:35-36**).

Cuando desnudan a algún hermano nuestro exponiéndolo a la pública vergüenza, ¿lo vestimos?, ¿o aceptamos el relato de su desnudez y lo divulgamos?

> Respondiendo el Rey les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, **a mí lo hicisteis** (**Mateo 25:40**).

¿Qué hace Cristo por nosotros? ¿Qué hace con nuestra desnudez? ¿Qué hizo con la desnudez de Adán y Eva?

> Me vistió de vestidos de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia compuesta de sus joyas (**Isaías 61:10**).

El vestido de piel de animal con que Dios cubrió la desnudez de Adán y Eva nos habla de la necesidad de una primera víctima inocente, símbolo de que cubrir nuestra desnudez moral costó la propia vida del Hijo de Dios.

Los hermanos decidieron:

> Venid, y vendámoslo a los Ismaelitas, y no sea nuestra mano sobre él; que **NUESTRO HERMANO ES NUESTRA CARNE**. Y sus hermanos acordaron con él (**Génesis 37:27**).

Dios quiere que comprendamos que la forma en que tratamos a "nuestra carne" —a nuestros hermanos— es la medida del amor que tenemos hacia el Señor: nuestro "Hermano" en nuestra carne. Tenemos tendencia a disociar ambas cosas, y quizá alberguemos la vana idea de que es posible amar a Cristo, mientras que detestamos a algunos de nuestros hermanos.

> Si alguno dice, Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Porque el que odia a su hermano al cual ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? (**1 Juan 4:20**).

Finalmente:

> Como pasaban los Madianitas mercaderes, sacaron ellos a José de la cisterna, lo trajeron arriba y lo vendieron a los Ismaelitas por **VEINTE PIEZAS DE PLATA**. Y llevaron a José a Egipto (**Génesis 37:28**).

Sabemos que Jesús fue vendido por treinta piezas de plata.

¿Cómo siente el Padre lo que le sucede a su Hijo?

> Entonces tomaron ellos la ropa de José, y degollaron un cabrito de las cabras, y tiñeron la ropa con la sangre; y enviaron la ropa de colores y la trajeron a su padre, y dijeron: Esta hemos hallado, reconoce ahora si es o no la ropa de tu hijo. Y él la conoció, y dijo: La ropa de mi hijo es; alguna mala bestia le devoró; José ha sido despedazado. Entonces Jacob rasgó sus vestidos, puso saco sobre sus lomos y se enlutó por su hijo muchos días. Y se levantaron todos sus hijos y todas sus hijas para consolarlo; mas él no quiso tomar consolación, y dijo: Porque yo tengo de descender a mi hijo enlutado hasta la sepultura. Y lo lloró su padre (**Génesis 37:31-35**).

Así apenaron el corazón del anciano padre, quien dedujo que su hijo había muerto. *Cuando nosotros crucificamos a Cristo, también traemos un gran pesar al corazón del Padre*. Todo debido a la enemistad que alberga nuestro corazón natural contra Jesús. Este es el problema de la condición humana: que de forma natural no amamos a Dios ni amamos a Jesús. Por el contrario, necesitamos un amor que nos sea dado, que venga de fuera de nosotros: de arriba.

Sabemos que Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí (**2 Corintios 5:19**). El Padre sufrió con su Hijo. ¿Es capaz de llorar el Padre de Jesús, nuestro Padre? ¿Cómo os sentiríais viendo a vuestro hijo en la angustia de la muerte?

> Angustiado él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca… Con todo eso Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento (**Isaías 53:7 y 10**).

> En toda angustia de ellos fue él angustiado (**Isaías 63:9**).

¿Sucede también a la inversa? ¿Somos nosotros sensibles a su angustia? En **Amós 6:6** leemos acerca de los "reposados en Sión":

> Beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y **NO SE AFLIGEN POR EL QUEBRANTAMIENTO DE JOSÉ**.

Ellen White escribió en 1904:

> El abandono del primer amor se representa como una caída espiritual. Muchos han caído de esa forma. Toda iglesia en nuestro país está en necesidad de confesión, arrepentimiento y reconversión. **El chasco de Cristo es indescriptible** (*Review and Herald*, 15 diciembre 1904).

¿Nos afligimos nosotros por el quebrantamiento de "José"?

Hemos leído que "Cristo sufre diariamente las agonías de la crucifixión":

> A los diez de este mes séptimo será el día de las expiaciones: tendréis santa convocación, afligiréis vuestras almas y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. Ninguna obra haréis en este mismo día, porque es día de expiaciones para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios. Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de sus pueblos (**Levítico 23:27-29**).

> El Señor Jehová de los ejércitos llamó en este día a llanto y a endechas, a mesar y a vestir saco. Y he aquí gozo y alegría, matando vacas y degollando

> ovejas, comer carne, beber vino, diciendo: "¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!" (**Isaías 22:12-14**).

Estamos en el *Día de la Expiación*: tiempo de vivir sobriamente, en armonía con la labor de nuestro Sumo Sacerdote en el lugar santísimo del santuario celestial.

José y sus hermanos fueron reunidos de nuevo. *En el juicio que está teniendo lugar ahora, Dios nos va a reunir con Cristo, nuestro Hermano mayor*. Él está procurando unir nuestro corazón con el suyo. Es la *reconciliación del Día de la Expiación, preparatoria para su venida*. ¿No os parece que en eso hay muy buenas nuevas?

José dijo a sus hermanos:

> Seréis **PROBADOS** (**Génesis 42:15**).

¿Cómo los juzga, cómo prueba José a sus hermanos cuando vienen a él (a Egipto) llevados por el hambre?

> José, como vio a sus hermanos, los conoció; mas hizo que no los conocía y les habló ásperamente (**Génesis 42:7**).

¿Significa eso que José no se conmovía por sus hermanos, que no los amaba? Cuando no vemos el final de la prueba, nuestros sentimientos nos dicen que Dios nos ha abandonado. ¿Es realmente así?

> Por un pequeño momento te dejé; mas te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento, mas con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo tu Redentor Jehová (**Isaías 54:7-8**).

Una de las formas en que Dios nos prueba es actuando de incógnito, como un extraño, tal como hizo José.

Nos sentimos seguros de que manifestaríamos la mayor reverencia y aprecio hacia Cristo si estuviera en la carne entre nosotros. Pero si viniera de esa forma *y no se identificara*, es posible que lo confundiéramos con un fanático, con un pretencioso o con un disidente (como dice *El Deseado* que se etiquetó a Jesús). Cuando Cristo estuvo en esta tierra, fue un hombre con la misma apariencia que cualquier otro. No llevaba un traje distinto ni brillaba sobre su cabeza ningún aura que permitiera reconocerlo por el aspecto.

No estamos tratando a Cristo mejor de cómo tratamos a la persona a la que peor tratamos en esta tierra. Todos nuestros semejantes son "uno de estos mis hermanos pequeñitos" (de Cristo).

Ved que en todo ese proceso, lo que José busca es que sus hermanos reflexionen en el pasado. Dios quiere saber si, a la luz de nuestra conducta en el presente, nos hemos arrepentido cabalmente por el pasado y hemos aprendido las lecciones de nuestra historia, tanto individualmente en nuestra vida, como en nuestro pueblo.

Sabemos que la muerte del mártir Esteban, lapidado por los judíos, marcó el final de Israel como pueblo escogido de Dios. ¿Qué es lo que trajo sobre el pueblo de Israel ese juicio divino de rechazo? ¿De qué les estaba hablando Esteban en su discurso, al que pusieron fin apedreándolo? ¿*Qué fue lo que despertó el odio de los judíos*? Podéis verlo en **Hechos 7**. Les estaba haciendo reflexionar sobre su *historia*, y afirmó que no habían aprendido de ella.

> ¿Quieres tú juzgarlos? ¿los quieres juzgar tú, hijo del hombre? Notifícales las abominaciones **de sus padres** (**Ezequiel 20:4**; ver también **Ezequiel 22:2, 7, 9** y **27-29**).

> Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo: **como vuestros padres**, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que antes anunciaron la venida del Justo, del cual vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores (**Hechos 7:51-52**).

¿Podemos rexaminar *nuestra historia* con provecho sin que se despierten sentimientos similares a los del pueblo judío? ¿Podemos hacerlo especialmente con nuestra historia de *1888*, que es *la historia de nuestro rechazo a Cristo y al Espíritu Santo*?

El mismo tipo de discurso que llevó a Esteban al martirio, tuvo un resultado completamente distinto en Pentecostés. Entonces fue un juicio para salvación:

> Sepa pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús que *vosotros* crucificasteis, Dios ha hecho Señor y Cristo. Entonces oído esto, fueron compungidos de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, **¿QUÉ HAREMOS?** (**Hechos 2:36-37**).

Esa es la gran pregunta, y si no supiéramos responderla, todo habría sido finalmente en vano. La respuesta es muy simple, pero la dejamos para el final.

Por ahora veamos —porque es muy importante— *cómo juzgó José a sus hermanos*: les hizo *recorrer de nuevo el mismo camino* en el que previamente tropezaron, para ver cómo reaccionarían ahora. En ausencia de José, el hermano menor —Benjamín— debió convertirse en el favorito de su padre:

> Su alma [de Jacob] está ligada al alma de él [Benjamín] (**Génesis 44:30**).

¿Cómo tratarían ahora los hermanos de José a "mis hermanos pequeñitos", a Benjamín? ¿Estarían dispuestos a sacrificarse por su padre y por su hermano menor? ¿O lo aborrecerían y le tendrían envidia? Benjamín no había venido a Egipto con los hermanos, pero José lo sabía y lo reclamó. Dijo a sus hermanos:

> No veréis mi rostro sin vuestro hermano con vosotros (**Génesis 43:3**).

¿Trataste mal a tu hermano, a uno cualquiera de tus hermanos? ¿Sirvió tu influencia para que su fe naufragara, para que se apartara de Dios y de la iglesia, o para poner obstáculos en su camino hacia el Cielo? Cristo nos dice hoy, mientras podemos remediarlo:

> No veréis mi rostro sin vuestro hermano con vosotros.

Tras haber matado a Abel, Caín hizo a Dios una pregunta retórica:

> ¿Soy yo **GUARDA** de mi hermano? (**Génesis 4:9**).

¿Qué os parece? ¿Somos guardas de nuestro hermano?

> Grandes responsabilidades descansan sobre todos los que han recibido el mensaje para este tiempo. **Somos guardas de nuestro hermano** (*Review and Herald,* 6 marzo 1888).

Los hermanos

> se decían el uno al otro: "Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no lo escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta **ANGUSTIA**" (**Génesis 42:21**).

Los hermanos de José estaban atravesando ahora un **tiempo de angustia**. Su padre, Jacob, sabía bien en qué consiste la angustia. Aquel gobernante que tan severo e implacable les parecía, era su hermano José, quien, lleno de amor y sabiduría de lo alto, los estaba conduciendo a través de una experiencia de reflexión y profundo autoexamen para hacerles bien, para bendecirlos y restablecer con ellos una relación íntima.

En su arrepentimiento, los hermanos reconocieron de forma unánime la naturaleza de su culpa. Ninguno echaba ahora la culpa al otro ni a los demás. Todos asumieron su común participación. Era lo contrario a la mente que pretende: 'No tenemos nada que ver con nuestro hermano'. Lo contrario de "¿Soy yo guarda de mi hermano?" Como todo arrepentimiento genuino, no iba acompañado de ninguna **acusación** ni de ninguna **disculpa** o atenuante.

> Entonces dijo Judá: ¿Qué diremos a mi señor? ¿qué hablaremos? ¿o con qué nos justificaremos? Dios ha hallado la maldad de tus siervos (**Génesis 44:16**).

Eso vino tras haberse hallado la copa de José en uno de los sacos de grano: en el de Benjamín, quien finalmente había sido traído ante el severo gobernante. Judá no había robado la copa. ¡Qué fácil le habría resultado argumentar que él no había sido y descargar la culpa en algún otro!

Los hermanos comenzaban a comprender que hay un Dios en los cielos, y que su problema, la causa por la que se veían en aquella angustiosa situación, *no era la copa en el costal de Benjamín*, sino su corazón manchado por el pecado, en necesidad de arrepentimiento, de limpieza, de purificación.

En la experiencia de su arrepentimiento:

- No se desentendieron los unos de los otros.
- No se desentendieron de su pasado.
- No se desentendieron específicamente de la forma en que habían tratado a José.

> Verdaderamente hemos **pecado contra** nuestro hermano (**Génesis 42:21**).

No es simplemente que nos hayamos *separado de* Dios, sino que hemos pecado *contra* él. Nos separamos "de", pero pecamos "contra". En el Calvario vemos mucho más que simple *separación*: vemos odio, agresión, asesinato, rebelión. Todo eso es nuestro "pecado contra nuestro hermano": contra nuestros hermanos y contra nuestro Hermano.

¿Qué diremos ahora nosotros a nuestro Señor?, ¿qué hablaremos?, ¿con qué nos justificaremos? Dios ha hallado nuestra maldad.

En el *juicio investigador* lo primero que ha de suceder es que seamos totalmente convencidos de nuestros pecados, especialmente de nuestro pecado de entregar a

Cristo. Necesitamos tener una plena conciencia. Necesitamos que el Espíritu nos convenza de pecado, y necesitamos afligirnos en razón de ello. Hemos de sentir pesar, *no porque si pecamos nos perdemos, sino porque todo pecado personal nuestro participa en la muerte de Jesús, participa en su sufrimiento y en el del Padre*.

El Espíritu había estado haciendo su bendita obra en los hermanos, pero el arrepentimiento aún no había llegado a ser pleno. Estaban lamentándose principalmente en razón de las *consecuencias*, no todavía por el pecado mismo; y Dios espera y desea en nosotros algo más profundo que eso.

> Entonces Rubén les respondió, diciendo: "¿No os hablé yo y dije: 'No pequéis contra el joven?' Pero no me escuchasteis; por eso ahora **SE NOS DEMANDA SU SANGRE**" (**v. 22**).

Esta es la verdad profunda: que la sangre de Cristo está sobre nosotros, sobre nuestras cabezas. Cada uno de nosotros hemos agraviado al Espíritu Santo. Todos hemos oído la voz del Espíritu Santo. Sin embargo, no hemos alcanzado lo requerido.

> Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (**Romanos 3:23**).

> Esa oración de Cristo por sus enemigos ["perdónalos, porque no saben lo que hacen"] abarcaba al mundo. Abarcaba a todo pecador que hubiera vivido desde el principio del mundo o fuese a vivir hasta el fin del tiempo. **Sobre todos recae la culpabilidad de la crucifixión del Hijo de Dios** (*DTG*, 694).

> A menos que individualmente **nos arrepintamos** ante Dios de la transgresión de su ley, y ejerzamos fe en nuestro Señor Jesucristo a quien el mundo ha rechazado, estaremos bajo la plena condenación merecida por aquellos judíos que eligieron a Barrabás en lugar de Jesús. **El mundo entero está acusado HOY del rechazo y asesinato deliberados del Hijo de Dios** (*TM*, 38).

Los hermanos empezaron a *afligirse*, y el versículo **24** nos dice que José tuvo que apartarse de ellos porque no podía retener el llanto. Ese es el carácter de Dios: *en cada paso de nuestro arrepentimiento, él se conmueve*. José lo expresó con lágrimas de gozo y emoción. ¿Por qué no quiso llorar José ante la vista de sus hermanos? Porque no estaban aún capacitados para comprender la plenitud de su carácter, del amor perdonador y restaurador de José, que era el reflejo del amor de Dios. Nosotros tampoco estamos aún preparados para ver la plenitud de la gloria de Jesús, la gloria de Dios. Pero Dios va a preparamos para que podamos recibirla sin medida, y reflejarla. *Y lo hace en el juicio*.

> El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (**Filipenses 1:6**).

¿Había perdonado José a sus hermanos? En Egipto, José tuvo dos hijos: Manasés y Efraín. ¿Qué significa el nombre "Manasés"?

> Llamó José el nombre del primogénito Manasés ["olvido"]; porque Dios me hizo **OLVIDAR** todo mi trabajo, y toda la casa de mi padre (**Génesis 41:51**).

Jesús nos dice:

> Yo, yo soy el que **BORRO** tus rebeliones por amor de mí; y **NO ME ACORDARÉ** de tus pecados (**Isaías 43:25**).

José llamó a su segundo hijo, Efraín: "fructífero".

> Si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos **LLUVIAS** del cielo y tiempos **FRUCTÍFEROS** (**Hechos 14:17**).

(**1**) Manasés: *borramiento de los pecados en el juicio investigador*, seguido de (**2**) Efraín: *lluvia tardía que madura el fruto*.

¿Veis buenas nuevas en el borramiento de vuestros pecados? ¿Veis buenas nuevas en la lluvia tardía, en el "refrigerio"?

> Así que, arrepentíos y convertíos para que sean **BORRADOS** vuestros pecados, pues vendrán los tiempos del **REFRIGERIO** de la presencia del Señor (**Hechos 3:19**).

¿Pudo ver José en sus hermanos el genuino arrepentimiento?

Judá respondió a José:

> Te ruego por tanto que quede ahora tu siervo [Judá, él mismo] por el mozo [Benjamín] por siervo de mi señor, y que el mozo vaya con sus hermanos (**Génesis 44:33**).

No es solamente que los hermanos no odian, no tienen envidia de Benjamín, sino que Judá está dispuesto a dar su vida por él, y por evitarle sufrimientos a su padre. Cristo espera anhelante ese momento en el que brota en nosotros el amor, en respuesta a su amor hacia nosotros. Entonces estamos siendo transformados a su imagen y estamos prestos a efectuar el sacrificio que sea necesario para el bien de nuestro Padre y de nuestro hermano, del que "somos guardas".

> El que mire a menudo la cruz del Calvario, acordándose de que sus pecados llevaron al Salvador allí... no se constituirá en juez para acusar a otros. No puede haber espíritu de crítica ni de exaltación en los que andan a la sombra de la cruz del Calvario... Mientras no nos sintamos en condiciones de sacrificar nuestro orgullo, y **aun de dar la vida para salvar a un hermano** desviado, no habremos echado la viga de nuestro propio ojo ni estaremos preparados para ayudar a nuestro hermano (*DMJ,* 109).

Cuando comprendemos la magnitud de nuestro pecado y la inmensidad del perdón de Dios en Cristo, *su bondad nos guía al arrepentimiento* (**Romanos 2:4**). Vemos su carácter de amor, y desaparece todo motivo de temor, porque en el perfecto amor no hay temor. Nuestro único temor es entristecer, deshonrar a Aquel que nos amó más que a su propia vida, hasta el punto de darla por nosotros. No nos afligimos por nuestro quebrantamiento, sino *por el quebrantamiento de "José"*: de nuestro Hermano mayor que, para rescatarnos, tuvo que venir a Egipto —al mundo— y derramar su alma en el valle de sombra de muerte.

Cuando José vio el arrepentimiento de sus hermanos y les mostró con lágrimas de gozo todo su amor y su perdón hacia ellos, les dijo:

> **NO OS ENTRISTEZCÁIS** ni os pese haberme vendido acá, que para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros.

> Así pues, no me enviasteis vosotros acá, sino Dios (**Génesis 45:5** y **8**).

Algunos repudian la *muerte expiatoria de Cristo*; no comprenden su papel central en el plan de la salvación. Les parece que algo tramado por los judíos, permitido por los romanos y efectuado bajo la dirección de Satanás: la crucifixión de Cristo, no puede ser el acto central de la redención. El problema viene por el grave error de pensar que Jesús murió por "crucifixión" (ese tipo de muerte solía tomar unos cinco días). No fue por la crucifixión física por lo que murió Cristo, sino porque llevó la carga del pecado del mundo, y eso quebró su corazón bajo el peso de los horrores de la muerte segunda que es la paga del pecado: la experiencia de la eterna separación de Dios.

> **No fue el sufrimiento físico** lo que acabó tan prestamente con la vida de Cristo en la cruz. Fue **el peso abrumador de los pecados del mundo** y la sensación de la ira del Padre. La gloria de Dios y su presencia sostenedora le habían abandonado; la desesperación le aplastaba con su peso tenebroso, y arrancó de sus labios pálidos y temblorosos el grito angustiado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (1 *JT*, 225-226).

A Jesús no lo mataron los romanos ni los judíos. *Lo mataron tus pecados y los míos*. Fue "Jehová [quien] cargó en él el pecado de todos *nosotros*" (**Isaías 53:6**) para que nosotros tengamos vida. Hasta ese punto nos ama el Padre.

En **Hechos 4** vemos una oración que los discípulos elevaron a Dios en un contexto de persecución. En ella pedían el poder de Dios para predicar la palabra en el nombre de Jesús. En respuesta a esa oración, el lugar en que estaban congregados tembló, y recibieron el Espíritu Santo. En los versículos **27** y **28** leemos:

> Verdaderamente se juntaron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, al cual ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y los pueblos de Israel, para hacer **LO QUE TU MANO Y TU CONSEJO HABÍAN ANTES DETERMINADO QUE HABÍA DE SER HECHO**"

Así, desde la cruz del Calvario, Cristo nos dice lleno de amor:

> No os entristezcáis, ni os pese haberme vendido acá; que para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros.
>
> Así pues, no me enviasteis vosotros acá, sino Dios.

En **Génesis 50:19-21** leemos cómo José dice a sus hermanos:

> No temáis... Vosotros pensasteis mal sobre mí, más Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los **consoló** y les habló al corazón.

Cuando nosotros crucificamos a Cristo, Dios hizo que ese gran mal viniera a convertirse en un bien, y nuestro crucificar a Cristo fue precisamente el medio por el cual él pudo redimir a la raza humana. Hoy, el **Consolador** nos habla al corazón a fin de que se lo abramos plenamente para ser hechos uno con Cristo, para que él reine en nuestra vida.

José no fue más misericordioso, no tuvo más amor y perdón hacia sus hermanos, del que Jesús tiene hacia nosotros. El amor de Josué hacia sus hermanos fue sólo un pálido reflejo del amor de Dios en Cristo. Podemos ponernos confiadamente en sus manos.

También en el juicio. ¡Especialmente en el juicio! Él es nuestro Salvador amante. Cuando estábamos condenados a muerte, dijo: "Heme aquí". ¿No es ya tiempo de que Él reciba la recompensa del trabajo de su alma, y sea satisfecho? ¿Le dice tu corazón: "Heme aquí"?

La respuesta a la gran pregunta: "Varones hermanos, ¿qué haremos?", está contenida en uno de los sermones más cortos que contiene la Biblia. Lo pronunció María —la madre de Jesús— con ocasión del banquete de una boda: "Haced todo lo que os dijere" (**Juan 2:5**).

Lo leeremos también del propio relato del **Génesis** que hemos considerado (**41:55**): "Id a José y haced lo que él os dijere".

Y Él nos dice:

> Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más (**Isaías 45:22**).

www.libros1888.com